Una nueva paradoja

Michael Ignatieff: *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*, México, Taurus, 1999.

Gilda Waldman

El siglo xx concluye entre “guerras primitivas” y “posmodernidades”, entre luchas por el suelo y la cultura del satélite, entre odios parroquiales y fronteras difuminadas. Los destellos luminosos de un instante en 1989 —la integración de las economías, el triunfo del liberalismo político, la reunificación alemana, el optimismo teórico del “fin de la historia”— han dado paso a las heridas de conflictos regionales donde se confunden ideologías, nacionalidades, etnias y religiones. Fuerzas divergentes y miradas distintas hacia el tiempo se desencuentran en el presente y configuran los dos ejes rectores de la realidad contemporánea: por una parte, la voluntad de anular las diferencias, homologando y globalizando los estilos de vida y, por la otra, la intención de recrear, recuperar, conservar y profundizar las diferencias. La primera vertiente conforma paulatinamente un nuevo orden internacional, dirigido hacia el futuro, que vence y diluye las

fronteras más allá de la noción jurídico-política del Estado-nación, sustentándose en el imperativo económico de ensanchar los mercados a partir de las transformaciones en los procesos de producción, la extensión de las comunicaciones, la integración financiera y la difusión de estilos de vida universales. Se trata, en este caso, del impulso de fuerzas económicas que demandan crear una sola realidad global ligada por la economía, la tecnología, la cultura, la ideología, las comunicaciones y el comercio, en la que no existan límites geográficos ni nacionales que obstaculicen el libre flujo de capitales, mercancías, información, valores, ciencia o personas.

Sin embargo, el nuevo orden internacional se puebla de culturas particulares, herencias nacionales, etnias y grupos que se fragmentan en un mismo Estado-nación, y que contraponen la parte al todo, la cultura al país, la secta a la religión. Estos vientos de fragmentación —que también dejan atrás al Estado-nación, en este caso convertido en un espacio demasiado amplio— intentan reconquistar un sentido de pertenencia y una búsqueda de seguridad, los cuales han sido rotos por los afanes de la creciente homologación. Se trata, en este caso, del reflujo hacia el pasado, el suelo, la tierra, la memoria, los principios casi míticos en los que se encuentra la esencia de la identidad (religiosa, étnica o nacional).

Esta realidad paradójica en la que se contraponen los dos principios axiales de nuestra era —y que ha sido espléndidamente analizada por Manuel Castells en los tres volúmenes de su obra *La era de la información*— encuentra en *El honor del guerrero* una novedosa y sugerente aproximación, en la que se retoma esta paradoja desde otra perspectiva: la que se produce en la tensión entre tribalismo y solidaridad internacional, entre guerra étnica y globalización de la responsabilidad moral.

Michael Ignatieff —escritor, historiador y periodista— ha recorrido entre 1993 y 1997 las principales zonas de conflicto: Croacia, Bosnia, Ruanda y Afganistán. En un lúcido examen, que combina el rigor académico y un magnífico estilo literario, Ignatieff analiza las principales características y modalidades que asume, en la actualidad, la moderna guerra étnica. Según el autor, se trata de una guerra en la que participan, de uno y otro lado, bandas paramilitares, guerrillas, milicias y señores de la guerra que forman feudos de ejércitos privados y mafias gangsteriles. Sean insurrecciones armadas o campañas guerrilleras contra regímenes impopulares, levantamientos de minorías étnicas o bandas armadas que vagabundean entre restos de Estados desintegrados, se trata de luchas atroces por territorios, armas y recursos, que concluyen con la destrucción de sociedades

enteras. Convertidas estas guerras en un modo de vida, no existe en ellas ninguna disciplina; los niños —muchos de ellos huérfanos o desplazados— son fácilmente reclutables, y los civiles se convierten en un blanco permanente. Estas bandas paramilitares —formadas por soldados no regulares y no incorporados, por tanto, a ningún ejército— carecen de todo sentido del honor, y son permanentemente alentadas a cometer todo tipo de atrocidades en nombre de la “limpieza étnica”.

Sin embargo, frente a esta terrible realidad, Michael Ignatieff destaca —como otro polo de la contradicción— que se ha desarrollado en la década de los noventa una nueva cultura de solidaridad internacional, derivada de una responsabilidad por “hacer algo” en favor de tantos seres humanos desprotegidos y vulnerables en aquellos espacios asolados por la guerra étnica. Para Ignatieff, se trata de nuevos vínculos morales, sustentados en el imperativo de los Derechos Humanos universales, que lleva a toda una cauda de activistas —personal de ayuda, abogados que trabajan en tribunales en los que se juzgan crímenes de guerra, observadores del cumplimiento de los derechos humanos, pacificadores, delegados de la Cruz Roja— y de Organizaciones No Gubernamentales —Amnistía Internacional, Save the Children, Médicos sin Fronteras, por

ejemplo— a reafirmar la interdependencia humanitaria y trabajar por un ideal intangible: el que los problemas de otros, por lejos que estén, nos incumben a todos. Según Ignatieff, se trata de una situación inédita.

Ciertamente, la televisión ha jugado un papel crucial para hacer del dominio público lo que ocurre en las regiones conflictivas del planeta, confrontando a la conciencia occidental con la realidad de las guerras étnicas y las hambrunas. Sin embargo, enfatiza el autor, la solidaridad internacional encuentra su antecedente directo en la vergüenza colectiva generada por los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial, y el remordimiento por haber hecho tan poco por millones de seres humanos que murieron en los experimentos de terror y exterminio del Holocausto.

El honor del guerrero introduce, a las paradojas mencionadas con anterioridad, una nueva paradoja que caracteriza, junto con las anteriores, la realidad de nuestra época: la que se da entre el alcance de una nueva moral solidaria orientada a salvar la especie humana en el mundo *versus* la dimensión particular de los modernos conflictos étnicos dirigidos por los nuevos arquitectos de la guerra, para quienes los derechos humanos no tienen ningún valor. Señala el autor: “Existe una desconexión moral entre los nuevos artífices de la guerra y los intervencionistas

liberales que representan los nuevos valores morales. Nosotros los occidentales venimos de una ética de alcance universal fundamentada en los principios de los derechos humanos; ellos, en cambio, parten de una ética de alcance particular que establece el límite de los legítimos intereses morales en la tribu, la nación o la pertenencia a una etnia. Lo que muchas organizaciones, entre ellas la Cruz Roja, han descubierto, es que los derechos humanos tienen poco o ningún valor para este mundo en conflicto. ¿Qué representa el honor para un guerrero huérfano desarrapado armado con una kalashnikov o para un soldado indígena no regular cualquiera, que sobrevive gracias al saqueo y la rapiña? En la medida en que se desintegran las naciones, así lo hacen los ejércitos y las cadenas de mando y, al unísono, los códigos locales de guerra que a veces las salvan de la bestialidad. Tal es el escenario desesperado donde los agentes de la ayuda internacional se esfuerzan por enseñar a los autóctonos un código moral, así como estrategias de apoyo que eviten que la guerra étnica degeneren en genocidio” (p. 12).

Alrededor de esta paradoja, la reflexión de Ignatieff plantea diversos problemas: ¿Cuáles son las limitaciones de la justicia moral en un mundo asolado por este tipo de guerras étnicas? ¿Cuál es el alcance de un código moral en el marco de la desintegración de Estados y

ejércitos nacionales? ¿Hasta dónde puede llegar el compromiso? ¿Cuáles son los lazos que unen a las “zonas seguras” con las “zonas de riesgo”? ¿Cuáles son las estrategias posibles para que las guerras étnicas no desemboquen en el genocidio? ¿Cómo pueden liberarse las sociedades de estas guerras y del salvajismo asociadas con ellas? ¿Cómo pueden estas sociedades dejar atrás su pasado?

Sustentado en fuentes bibliográficas y hemerográficas, pero fundamentalmente en su propio recorrido por los paisajes de las actuales guerras étnicas, Michael Ignatieff pone en el tapete de la discusión los peligros que trae consigo la embriaguez de particularismos traducidos en

conflictos sin ningún control y que, en la medida en que no interesan a las grandes potencias, tienen todavía un fin incierto. Al mismo tiempo, Ignatieff destaca el alcance de una globalización de la solidaridad, convertida en fundamento de una concepción moral basada en el lenguaje universal de los derechos humanos, único curso para no desesperar. Afirma Ignatieff: “El ejército de personal de ayuda y activistas que median entre las zonas de nuestro planeta adquiere sin cesar más fuerza e influencia. Ellos constituyen nuestra coartada moral, pero también representan el puente gracias al cual en el futuro podrán establecerse compromisos más profundos y duraderos” (p. 14).